

Zacarias Ilera
Medina



Amapolas



PRÓLOGO

de

EMILIO FERRARI

(de la Real Academia Española)



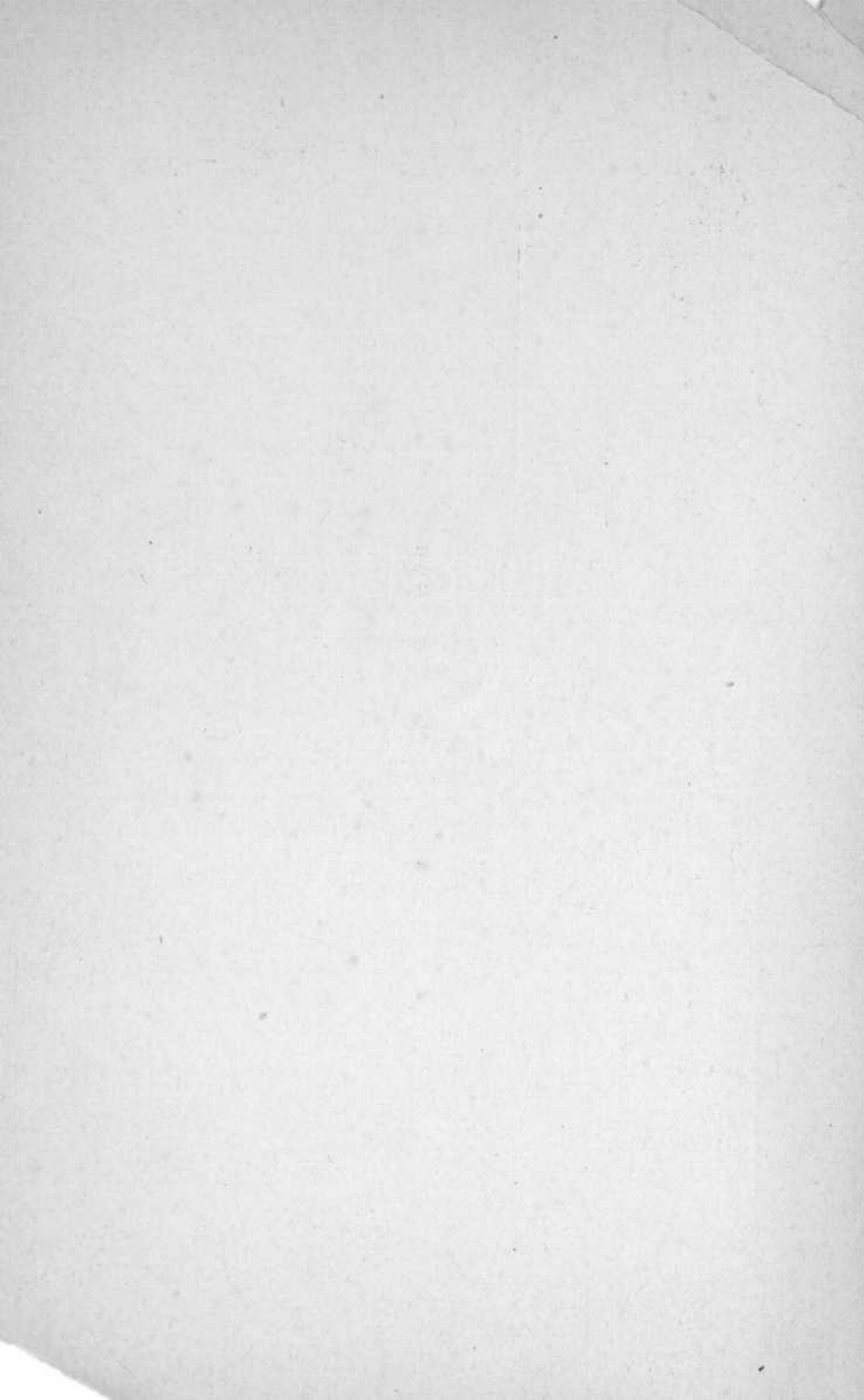
VALLADOLID

Imprenta Castellana

Duque de la Victoria, 31

1907

G-F 8358



DGCL
A

AMAPOLAS

CB.1169648
t. 109471

Zacarías Ilera Medina

AMAPOLAS

PRÓLOGO

DE

Emilio Ferrari

(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)



VALLADOLID
IMPRENTA CASTELLANA
Duque de la Victoria, 31

1907





R. 10788

A mi madre

EL AUTOR.



Al meritísimo y laureado poeta José Rodas, muy afectuosamente, su admirador,

Zacarias Gleras

Valladolid, 23, Abril, 1907.

Por vía de prólogo

Hay por esos rincones de nuestras provincias una legión brillante de jóvenes entusiastas, llenos de porvenir, que creen en la vida y sueñan con la gloria. En ellos está la germinación virgen y lujurianta todavía de una nueva patria que habrá de nutrirse al llegar la sazón con sus mieles y frutos jugosísimos. Constituyen dichos simpáticos mozos pintorescos cenáculos agolpándose espontáneamente como por la ley de las afinidades electivas, en el reservado de un café, ó en la casa del más prestigioso y acomodado, alborotando uno y otra con sus charlas líricas, con sus disputas interminables de omnia re scibili, inquietando la placidez burguesa del dueño del establecimiento, más aficionado á otros clientes, ó atolondrando al señor padre, quien perdiendo entre aquella bullanga la cuenta de sus harinas y la paciencia de sus años, tiembla por el porvenir de aquellos chicos que van para poetas, para sociólogos, para artistas, que es en su concepto—y quizás no se equivoque—tanto como ir derechitos á descender á los círculos dantescos en cuya puerta entrevé si no acierta á escribirlo el tremendo: lasciate ogni speranza.

¡Y qué de recuerdos levanta en esta pícara y rebelde memoria mía todo esto!

Porque yo también he sido algo joven y algo bohemio. Conforme iba entrando el otoño tan deleitoso en las llanuras de Castilla, y con él el curso tan aborrecible por lo general en todas partes, comenzaba á sentirse la comezón de las

escapatorias á campo traviesa en aquellos mediodías tibios en que la naturaleza, tras de las fiebres del verano se des-perezaba en una convalecencia voluptuosa. Los novillos! El placer de los dioses! Con dos ó tres libros bajo el brazo, por de contado no de texto, y borrachos verdaderamente de libertad y de alegría, algunos rapaces correteábamos sin fin recitando á voz en cuello nuestros autores favoritos, hasta que á fuerza de andanzas y lecturas llegábamos á recordar que teníamos cuerpo y tomábamos la vuelta de algún mesón, ó nos tendíamos á campo raso para transigir, mal grado nuestro, con la bestia humana.

Era la época heroica de la poesía, la época en que sonaban como toques de clarín en la garganta de los jóvenes los versos de Lord Byron y Moore, de Goethe y de Schiller, de Lamartine y Víctor Hugo, de Espronceda y de Zorrilla. La época en que dos generaciones de apóstoles y luchadores que han ido muriendo como si huyeran de nuestra miseria presente, llenó nuestros oídos arrancándonos lágrimas de entusiasmo que no habíamos ¡ay! de volver á llorar, con el eco de heroismos y sacrificios sublimes, con los cantos viriles y patrióticos ó apasionados y desgarradores de poetas que sellaban sus versos con la muerte, así á las plantas de Teresa como al pie de los muros de Misolonghi, de poetas que abandonaban su hogar para encantar los nuestros con las nacionales leyendas, ó diciéndonos nuestros propios males y dolores como nos los dice la Religión para templar en ellos nuestro espíritu, mostrándole el camino de los Cielos.

Algo de este espíritu, naturalmente modificado por los tiempos, antójaseme que redivive en esta juventud cuya alma fermenta como la genésica caldera de Medea, de la cual juventud es genuino representante Zacarías Ilera Medina. Yo, que hace mucho, antes de que lo hicieran los que hoy lo hacen, troné contra los encasillados retóricos, no habré de pretender clasificarle. ¿Que qué es el poeta de «La Galerna», de «Redención», de «La noche de Ánimas», de «El eterno idilio» y de tantas otras creaciones de admirable y sincera hermosura? Pues un poeta. ¿Es clásico? ¿Es mo-

dernista? Ni uno ni otro: es sencillamente moderno. Y con ser moderno es de todos los tiempos, y con ser un poeta es el poeta.

En Ilera Medina ha resucitado Gabriel y Galán, y ha resucitado sin los ribetes un tantico reaccionarios que en el cantor salmantino echábanse de ver, no siempre con agrado. AMAPOLAS no es un título convencional elegido al azar solamente por su sonoridad y eufonia. AMAPOLAS reuniendo estas cualidades en grado sumo, responde principalmente á la esencia del libro. De éste podría decirse con el autor de «Cyrano».

«Es el campo, es la paz, es la llanura,
el rabadán inculto y atezado.»

En efecto, toda la vida campesina con su agreste y montañés perfume, con su savia vivificadora, vista á través de un temperamento de artista y de pensador en forma pura y acendrada, no reñida con la franqueza y sinceridad más valientes, está allí. Se contempla la infinitud de aquellas nuestras llanuras castellanas, abismándose en ella, se siente el vaho tónico de los ganados trashumantes, se aspiran las emanaciones salutíferas de la madre tierra, se deleita el oído con la charla entrecortada de mozas y mozos que consigue ahogar el eterno monólogo de la fuente junto á la cual parlotean á su sabor, depuesto el cántaro pesado y enlazadas las manos en éxtasis divino é interminable.

En fin, todo es belleza en esta colección en la que el lector verá por sí mismo que el prologuista, reducido á mero expositor, cumple al elogiarte cometido de justicia, que no de benevolencia.

Tan sólo á no impedirlo la distancia, algunos reparos relativos á ligeras minucias hubiérame permitido hacer al autor, pero tratándose de un poeta de cuerpo entero como Ilera Medina, bien creo que puede consentírsele decir como decía Víctor Hugo: «ya me corregiré en otras obras.»

Emilio Ferrari

(De la Academia Española)

Las amapolas

Nacemos ruborosas,
entre mieses doradas,
viviendo un corto estío enamoradas
de bellas mariposas;
roja la faz tenemos cual las guindas,
duramos pocos meses,
y somos las más lindas
de las flores que crecen en las mieses;
vemos entre terrones,
escondidos del trigo en las raíces,
el nido de sisones
y el de pardas y alegres codornices;
amamos el susurro de la espiga
al columpiarla el viento suavemente;
á amarle nos obliga
su plácido relente,
y oímos los acordes
cuyo sonido rítmico se siente
en los lejanos bordes
del florecido otero,
en las tardes de ufana primavera
saliendo de la gaita bullanguera
del rústico cabrero,
y la vibrante nota
que cristalina brota
y al despuntar el día se levanta
de alegre alondra que en el surco canta.
Admiramos martines-pescadores
que gozosos refrescan su plumaje,
chapuzando sus alas de colores
en el arroyo de esplendente aguaje;
cerca de la heredad, en los confines,
allí muy cerca de la espesa barda,
cantan los colorines,

con torpes alas vuela la avutarda
 y entre la fronda sus amores guarda.
 Y vemos como suda
 trajinando el labriego en los sembrados,
 y á la amorosa y tierna *copetuda*
 que á sus hijuelos colma de cuidados;
 vemos también canoros pajarillos,
 que jubilosos por la altura pasan
 buscando amor y nido. ¡Ay, pobrecillos,
 rayos de fuego su plumaje abrasan!...
 Variadas florecillas nos adoran
 entre trigos garzules:
 de nuestras vestes rojas se enamoran
 campanillas azules,
 olorosas jarritas
 y albescentes y gualdas margaritas.
 De pletórica savia nos inunda
 el benéfico sol que resplandece,
 el bienhechor rocío que fecunda
 nuestro labio humedece,
 y el helado granizo nos maltrata
 cuando el cielo su cólera desata.
 De la ciudad ocultas nos hallamos,
 no oímos sus rumores,
 de noche entre los trigos nos bañamos
 de la luna á los pálidos fulgores;
 vemos la mies granada
 y con Julio la espiga sazónada
 doblar pesadamente
 su esbelta caña seca y amarilla.
 ¡Infeliz! no presente
 la tritुरante trilla!...
 ¡Ay, pobre compañera,
 tú también morirás en una era!...
 Mas ya se muestra enferma y acamada,
 de los besos que Apolo dióla ardiente
 después de aquella fiera granizada,

en su rútila trenza y en su frente.
Con nuestros labios rojos seducimos
las flores de corolas brilladoras,
nuestras mejillas de carmín teñimos
cual ajadas y viejas pecadoras...
El día triste de morir nos llega,
terminan nuestros goces,
arriba la hora triste de la siega,
véñse brillar las aceradas hoces
junto á nosotras por el sol heridas,
y entonces se consumen nuestras vidas...
Callada es nuestra muerte,
resignada, tranquila, silenciosa,
y en nuestra aciaga suerte
no somos cual la rosa,
que lágrimas derrama
al volar el follaje de su rama.
Abrazadas con fiebre á las espigas
morimos, sonriendo, ahogando el llanto;
¿por qué dar pesadumbre á unas amigas
que nos amaron tanto?...
Vivimos en los surcos ignoradas
hasta exhalar nuestro postrer aliento.
¡Más vale así que no que deshojadas,
como la rosa, nos azote el viento!!...



Lucano

Resuena en el concurso el clamoreo
del aplauso fingido al soberano,
y enardecido el público romano
galardona al poeta y á su Orfeo.

Eclipsado Nerón con tal trofeo
rimar prohíbe al inmortal hispano:
el yugo intenta sacudir Lucano
y con Pisón de muerte se hace reo.

Corónase de mirtos y verbenas,
y en baño de marfil se abre las venas
mientras escucha melodiosa lira;

contempla á Pola entre nuboso incienso,
sella sus labios con un beso intenso
y recitando su Farsalia expira.



Epitalamio

Allá entre el mar y cielo divisase una faja
de luz que amarillea, de luz matutinal,
en tanto en el Poniente la blanca luna baja
despacio, majestuosa, cual ninfa virginal.

Las crestas de las olas el suave viento riza,
esfúmase á lo lejos el foco de un vapor
que audaz entre las aguas gallardo se desliza,
sonando la sirena de lúgubre clamor.

Los verdinegros pinos que la playa bordean
bandadas de gorriones comienzan á llenar,
y en sus redondas copas volando juguetean
y animan la arboleda con su áspero chillar.

Ya salen de la ermita los novios sonrientes,
les late alborozado de dicha el corazón,
que allí ante el sacerdote con labios balbucientes
amores se juraron temblando de emoción.

Cogidos de la mano alegres, venturosos,
huyeron del bullicio buscando la quietud,
y á la arenosa playa llegaron presurosos
soltando las amarras del rápido laud.

Saltaron á la nave, izaron la ancha vela,
la escota sujetaron, él empuñó el timón,
y entonces con la quilla dejando blanca estela
veloz surcó los mares la esbelta embarcación.

Etessio levemente soplabá por levante,
perdieron de la costa el cárdeno perfil,
y entonces arriando la vela flameante,
el novio á su adorada le dió un beso febril.

Mustiáronse en el cielo mil flores siderales,
surgió congestionada la inmensa faz solar,
y un bando de falurdas girando en espirales
cruzaron vagorosas el anchuroso mar.

Dos almas juveniles fundiéronse en un alma
uniéronse dos cuerpos con férvida ilusión,
el mar que los mecía quedó en completa calma
y Dios desde la altura mandó su bendición.

.

Lectora, de tus labios, estoy viendo que brota
curiosa esta pregunta: Y luego ¿qué pasó?
¿No adviertes que la nave es un nido que flota?
Demanda explicaciones á una blanca gaviota
que al verlos, ruborosa, su vuelo aligeró...



Tu sonrisa

A.....

Son tus labios y dientes grana y nieve,
sarta de perlas, pétalos de rosa;
y tu casta mirada pudorosa,
sólo á las flores á mirar se atreve.

Si cantas una endecha me conmueve,
pues semeja tu voz dulce, armoniosa,
sonido celestial, piedra preciosa
que en láminas de oro rueda leve.

Tu diminuto pie no deja huella
en la alfombra sutil del verde suelo,
y eres de las mujeres la más bella.

Pero de tus encantos sólo anhelo
me envíes, por conducto de la brisa,
el fluído del alma en tu sonrisa.



Paisaje de estío

Tibia luna muy despacio
 —como pálido topacio—
 descendiendo en el espacio
 se despide de las fértiles llanuras;
 muestra el sol por el Oriente
 su faz roja, incandescente,
 y á la aloudra se la siente
 desgranar su melodía en las alturas.

Ya despiertan los lugares;
 y al pasar por los pinares
 la cuadrilla, sus cantares
 lanza al aire con lo alegre de sus voces;
 ya se escuchan á lo lejos
 sus vibrantes, dulces dejos,
 y del sol á los reflejos
 se perciben los vislumbres de las hoces.

Al trugal la gente llega
 desplegándose en la vega,
 resistiendo con la siega
 el bóchorno abrasador y las fatigas;
 siente tristes añoranzas,
 y entrevé sus esperanzas
 en las grises lontananzas
 y en la inmensa infinitud de las espigas.

Con tus cálidas majadas,
 tus indómitas yeguas,
 tus rebaños y toradas,
 ¡oh, mi campo! ¿quién al verte no se alegra
 con tus llanos y lugares,
 y tus bosques seculares,
 y á lo lejos tus pinares,
 cual borrosa pincelada verdinegra?

Yo contemplo tus violas
y tus rojas amapolas
que en un mar de rubias olas
se columpian, de las auras al empuje,
mientras siento los ardores
que marchitan gayas flores,
y se escuchan los rumores
de la espiga que granada se abre y cruje.

Ya se agostan las praderas
y trajinan en las eras;
en las húmedas riberas
de los mirlos se oye el cántico sonoro;
ya en las mieses amarillas,
las intrépidas cuadrillas
amontonan las gavillas
que relumbran en los surcos como el oro.

La cuadrilla suda y canta,
no da paz á la garganta,
y á la vez que siega, aguanta
los mortíferos calores enemigos;
y entretanto que jadea
y el cansancio la marea,
su tambor tenso golpea
campesina codorníz entre los trigos.

Y el ambiente gira en torno
con vapores de bochorno,
que convierte al campo en horno
donde el rudo segador se asfixia y brega;
en el cénit el sol brilla,
y al yantar de la cuadrilla,
en los campos de Castilla
se suspenden las labores de la siega.

Ya refresca, ya atardece,
luce el véspero y parece

que en el cielo se estremece
 al morir en el ocaso el claro día;
 vuelan raudas las palomas
 desde el llano hasta las lomas,
 y difunde sus aromas
 el romero de exultante pradería.

Y recrea la ribera
 una orquesta volandera;
 y se escucha en la pradera
 la bullanga grigitante de los grillos,
 y en las muertas lejanías
 y en las cúspides bravías
 se oyen sonos y armonías
 y unicordes canturreos de cuclillos.

De los pardos lugarejos
 parten rápidos vencejos,
 que se pierden á lo lejos
 revolando juguetones hasta el monte;
 ya no es cálido el ambiente,
 se hunde el sol en el Poniente
 y su disco incandescente
 va tiñendo de oro y grana el horizonte.

Y se escucha en la chopera
 dulce gaita plañidera,
 y alumbrando en la ancha esfera
 se destaca melancólica la luna;
 voltejean las campanas
 en las villas más lejanas,
 y apopléticas las ranas
 croan, croan, en la diáfana laguna.



El Véspero

Flor sideral que en el azul resbala
cual lágrima de plata tembladora;
copo de nieve que en la altura llora,
alevilla de luz que el cielo escala.

Tienes, estrella, la albescente gala
con que se viste la armiñada aurora;
semejas una chispa brilladora
arrancada al fulgor de una bengala.

Luz nacarina de tus ojos fluye,
y en el carmín de Oriente se diluye
cual lluvia de diamantes que palpita.

La diurna claridad se desvanece,
y tu místico labio, me parece
que fervoroso la oración musita.



La Vecera ⁽¹⁾

Al vigoroso poeta Andrés Torre Ruiz

Cuando el alba sonríe en el Oriente
 apagando las últimas estrellas,
 y se ocultan los pálidos destellos,
 cuando el día clarea,
 se escuchan zumbadores los tañidos
 de esquilas y cencerros,
 los agudos silbidos del cabrero,
 la zagala vocea,
 y en seguida en la plaza se reúnen
 balando las ovejas,
 triscando los chivatos y las cabras
 que van á incorporarse á la vecera.
 Cuando destrenza el sol sobre las cumbres
 sus doradas guedejas,
 inundando de luz los altos riscos
 y el llano que verdea,
 alegrando los montes y los valles,
 las hondas y quebradas torrenteras;
 cuando empieza la nieve á derretirse
 en las agrestes breñas
 de los perpétuos ventisqueros fríos
 y en las cimas abruptas de la sierra,
 entonces los rebaños
 caminan por la vega,
 y al puerto se dirigen
 envueltos en espesa polvareda,
 buscando sanos pastos,
 dejando atrás la aldea...

Muchas veces ví yo, de madrugada,
 salir al pasturaje la vecera,

(1) Llamán así, en la montaña de León, á los rebaños de ganado lanar, cabrío y vacuno.

cuando el sol ascendía lentamente
por las ríscosas crestas.
Parece que estoy viendo aquel rebaño
de innúmeras cabezas:
Cuatro machos cabríos van delante,
de retorcida cuerna,
de ojos lascivos y de luengas barbas;
los siguen el añal y la cordera,
los tiernos recentales y los borros
que caminan pegados á la oveja,
hociqueando sus rosadas ubres,
de leche bien repletas;
detrás vienen las cabras,
haciendo titilar su cola tiesa;
sus abultados vientres
columpian las fecundas melliceras;
ya pasan los moruecos sementales,
que lucen en la testa
los cuernos que se enroscan
de ensortijadas vueltas;
al final la chicada,
el castrado ciclán con su impotencia;
y al lado del ganado
muy juntos, en pareja,
se dicen cosas dulces,
se dicen cosas tiernas,
la zagala gentil de zarcos ojos
y el toscó zagalón que la requiebra;
y cuidan del rebaño los mastines,
que en sus pescuezos llevan
honrosós costurones
y anchos collares de carlancas férreas...

¡Qué alegres son los campos
cuando en la primavera,
la montaña pletórica de olores
el puro ambiente incensa!

¡Cómo ríen los valles
llenos de madre selvas,
de margaritas blancas y amapolas,
de lirios y muguetas!...
El bosque se corona de lentiscos,
de adiantos y de espesas madroñeras,
y el verde escaramujo y la gatuña
blancas vedijas muestran,
que allí dejó enganchadas,
cuando pasó la oveja.
¡Qué alegres son los campos
cuando en la primavera,
cenzalino mosquito por el aire
zumbando volteja!
La abeja melifica
y la blanca alevilla liba el néctar,
de espliegos y tomillos
que el pasturaje esencian,
y andolinas, vencejos y aviones,
por el espacio vuelan;
en los claros cristales del regato
chapuzando se baña la garceta,
y acogina el malvís su blando nido
que entre torviscos cuelga...
¡Qué hermoso es el desfile del rebaño
en plena primavera!...

¡Qué idilio tan hermoso
es el de los pastores en la sierra!
Él tañe el caramillo
y ella canta amorosa pastorela,
retorciendo el torzal entre sus dedos,
hilando con la rueca;
y en derredor las cabras y los chivos,
el cordero primal y las ovejas,
que pacen mansamente
jugosa y fresca yerba;

que luchan y se acosan,
que balan, ramonean,
que triscan y se acarran,
copulan y se encelan...

Y cuando el sol oculta sus fulgores
tras las agudas crestas,
y en los perpétuos ventisqueros fríos
las nieves reverberan,
ya vuelven los rebaños,
regresa la vecera,
dejando el pasturaje solitario,
camino de la aldea...



Ojos verdes

Ciñe tu sién de nácar gentil corona
de luciérnagas verdes—lúcidas flores—
y en la brillante risa de sus primores
tu rizada guedeja, suave aprisiona.

La transparente linfa cantos entona
de alabanza á tus ojos halagadores,
y la verde esmeralda con sus fulgores
no supera al hechizo de tu persona.

El color de tus ojos—mar en bonanza—
irradia los reflejos de la esperanza
con mimos y caricias que me seducen.

Amores y ternuras son sus destellos;
las luciérnagas brillan en tus cabellos,
pero mucho más que ellas, tus ojos lucen.



El eterno idilio

A Isidoro Vergara

I

AURORA

Allá, en las cumbres, el albor del día
tiñe de blanca luz el horizonte,
y en la azul lejanía
de la anchurosa vega y vasto monte,
una gaita de dulce melodía
da al aire pastorelas de alegría...
Es un amanecer lento y sublime.
Se despiertan las frondas
al tibio beso que la luz imprime,
y se rizan las ondas
del arroyuelo que amoroso gime;
extinguense las huellas
que en el cielo dejaron las estrellas;
risa de luz se extiende por la altura,
y la aurora que esmalta la espesura
con los reflejos de sus tintas bellas,
alumbra con su lampo
nítido y esplendente,
el anchuroso, castellano campo
y altiva fulge en el rosado Oriente.
Y se admira el paisaje
que nuestra vista alegra;
del manso río el sosegado aguaje,
de los pinos la nota verdinegra,
de la dorada mies el oleaje,
de las viñas los pámpanos verdosos,
y de los prados la florida alfombra
orillada por árboles frondosos,
palio tupido que nos presta sombra.
¡Oh región de Castilla

donde germina fértil la semilla!
 ¡Tu campo es el poema más sublime,
 el que labra tu tierra el premio alcanza;
 tu tierra es poesía que redime,
 y cada surco un verso de esperanza!...
 Fulgura el sol intenso,
 esparcen los tomillos grato incienso,
 y la Naturaleza agradecida
 pujante alienta con calor de vida...
 Junto al arroyo que al correr serpea,
 camina una pareja alborozada;
 riendo juguetea
 bajo el verde dosel de la enramada,
 y se disputa el túrgido racimo
 que él trajo de la viña
 para obsequiar con amoroso mimo
 á la gentil y encantadora niña;
 tras empeñada y jubilosa riña
 ella deja el racimo sin un fruto,
 riendo á carcajadas le provoca,
 pero él, que es más astuto,
 sujeta la cintura de la loca,
 y le arrebató lleno de ventura
 con un beso de amor, todo dulzura,
 la uva postrera de su linda boca!...

 ¡El sol desde sus reinos siderales
 enviaba un turbión de madrigales!

II

MEDIODÍA

El majestuoso campo de Castilla,
 de amplia llanura y horizonte lúcido,
 calla dormido por febril letargo
 y su paisaje permanece mudo.

Lo dicen las austeras perspectivas,
y los enhiestos álamos litúrgicos
cuyas trémulas hojas
se mecen de la brisa al suave impulso;
la seriedad de la extensión solemne,
el grave monte abrupto,
y la paz que desciende de los cielos
sobre el campo jocundo;
lo dice el mar de amarillentas mieses
sin olas ni murmullos,
salpicado de rojas amapolas
que gozan sombra en el callado surco;
lo dice la chopera en cuyas ramas
el céfiro errabundo
duerme tranquilo, sin lanzar alegre
de su canción el musical preludeo;
lo dicen las alturas
donde no vuela el rápido aguilucho,
ni la gárrula alondra
de trino dulce, melodioso y puro;
lo dice la sufrida y mansa yunta
que á la sombra de un árbol, suelto el yugo,
descansa, mientras rumia las fatigas
del acarreo rudo;
y lo dicen los valles, las colinas,
el labrado terruño,
y los rayos del sol, que bochornosos
en torrencial diluvio,
agostan los sembrados con el fuego
de un derretido cortinaje plúmbeo.
Reina la hora fecunda. Es mediodía;
á la sombra de un álamo copudo,
un hombre, una mujer y un pequeñuelo,
forman gozoso y atrayente grupo;
junto al arroyo de corrientes claras
que serpentea por el verde musgo,
reposa la pareja contemplando

al bello rapacín que es hijo suyo,
blanco como el vellón de los corderos,
como las mieses sazonadas, rubio.
La madre le acaricia con ternura,
y el seno de marfil muestra desnudo,
rameado por venas azuladas
llenas de amor al derramar el zumo;
el niño se alborozó,
hunde sus dedos suaves y menudos
en las alburas castas
del seno maternal, amplio y ebúrneo,
y los hilillos del licor sabroso
rocían su semblante rubicundo.
A la dulce impresión, ríe contento;
el labio—coral húmedo—
ávido aplica á la rosada fresa,
y bebe el tibio y abundante jugo;
y hartó, después, del néctar de la vida,
se duerme en el regazo al tierno arrullo
de una canción cargada de dulzura,
que amante la pareja entona á dúo,
y que repiten los enhiestos álamos
y el claro arroyo de torcido curso;
mientras que unidas en perpétuas nupcias
las mariposas liban los capullos;
su canto epitalámico preludia
un ruiseñor en el bosque obscuro,
y la Naturaleza se estremece
con gigantesco palpitar fecundo...
El sol manda un turbión de madrigales,
la tierra exhala cálidos efluvios,
y se doran las mieses con el fuego
de un derretido cortinaje plúmbeo...

La catarata

Al castizo prosista Francisco de Cossío

Orilla el ancho cauce una alameda,
y entre la umbría, cual cordón de plata,
la corriente del río desbarata
su cristal, que en la margen roto queda.

El agua se desliza mansa y leda,
pero después con furia se desata,
se trueca en la vertiente en catarata
y con estruendo al precipicio rueda.

Con horrísono ruido fragoroso
cae de la altura el líquido espumoso
como un telón de aljofaradas gotas;
y retumba en abruptos peñascales,
como himplar de panteras y chacales,
como un turbión de wagnerianas notas.



Himno al sol

Al egregio vate Salvador Rueda

Adalid de testa de oro, rey del día, rey del mundo,
¿quién ciñó á tu augusta frente rojo casco que jocundo
por la esfera desparrama su inflamado resplandor?
—¿Quién cubrió tu regio pecho con ignífera coraza?
¿Quién te dió tan raudo vuelo? ¿Qué poder tu ruta traza
por los campos azulinos donde no llega el condor?

Cuando abriendo el claro día las cancelas del Oriente,
abandonas de tu alcázar el sitial resplandeciente,
huye rápida la luna de tu altiva majestad,
y sus tímidos destellos á tu paso languidecen,
y las hijas de la noche con tu brillo palidecen
y los mundos reconocen tu lumínica deidad.

Al azote de los tiempos, de los roncós vendavales,
desgajáronse los montes, y sus ruinas colosales
la ancha vega destruyeron al empuje del alud;
mas los siglos envidiosos respetaron tu belleza,
paseaste con orgullo por los cielos tu realeza
y una eterna primavera conservó tu juventud.

Con brillantes caracteres, con guarismos de topacio,
Dios escribe en el tablero que despliega en el espacio,
el arcano incognoscible de la suma sideral;
y hace arder en las alturas tu flamígera lumbrera,
que derrama por el mundo los ardores de su hoguera
con chispazos diamantinos de vislumbre cenital.

Bajo el arco de lo ignoto—gigantesco lampadario—
con tus llamas iluminas el sistema planetario,
haces fértil la llanura con tu vívido calor;
tú hermo seas con el iris el plumaje de las aves,

y en el polen de las flores dejas ámbar tan suaves,
que convidan al deleite de la vida y del amor.

Desde un cielo de turquesa, con brillar potente y claro,
reverberas por los mares alumbrando como un faro
al inquieto marinero que te observa con afán;
llevas rútilas guedejas en tu disco luminoso,
un incendio de rubíes en tu veste de coloso
y en tu entraña incandescente todo el fuego de un volcán.

Por los reinos de la altura, tu melena gualda brilla,
alegrando las austeras lontananzas de Castilla
que se extienden esfumadas entre nubes de arrebol;
y tus rayos perennales matizando el horizonte,
cabrillean jubilosos por la cúspide del monte
y lo visten con un manto de encendido tornasol.

Tú los prados floreteas, enguirnaldas la colina,
por los ríos espejeas, y deshaces la neblina
difundiendo por el valle tu amorosa claridad;
son tus rayos rutilantes, llamarada que fulgura,
mar de fuego que caldea la monótona llanura,
luz de vida, luz potente de viril fecundidad.

Tú eres fuente inspiradora de esa bella poetisa
que entre nubes albescentes claros versos improvisa,
rayos místicos de nácar donde vibra una oración,
y al medir en tu carrera los abismos del espacio,
me parecen tus destellos—hebras hechas de topacio—
las miradas amorosas del Autor de la Creación.

Tú los párpados del ciego besas suave y caricioso,
tú en los ámbitos celestes ardes fúlgido y glorioso,
tú derramas sobre el mundo luz, amor, vitalidad: ¿
mas ¡quién sabe si algún día, por los siglos destructores,
á la voz de la alborada no despierten tus fulgores
y amanezcas moribundo entre densa obscuridad!...

La guitarra de Aragón

À José María Marín

El baturro puntea la guitarra;
llena el espacio música bravía,
y las notas son dardos de armonía,
dejos alegres de canción bizarra.

La copla popular á veces narra
proezas de Aragón, de honda elegía,
y entonces se retuerce en la agonía
y cual fiero puñal hiere y desgarrá.

Vibra rotunda la valiente jota,
que de la caja del guitarro brota,
no arrancada al rasgueo, sí al zarpazo.

Ruge en sus cuerdas el león ibero,
suena la prima cual clarín guerrero
y el bordón cual tronar de cañonazo.



Redención

Á mi querido amigo, el más terrible
 ácrata de la prosa
 y genial artista, Pedro Mourlane Michelena

Tenía el alma virgen
 y era su grácil cuerpo flor marchita,
 rosa agostada por la llama ardiente
 del vicio y la perfidia.
 —En el mal te iniciaron
 fingidos moralistas,
 los que pregonan la moral cristiana
 y á los cuales desprecio sólo inspiras...
 Mas no llores, mujer; seca tu llanto,
 que vea yo en tus labios la sonrisa.—
 Mi bien, deja que lllore.
 ¿No ves que lloro de placer y dicha?
 ¿No ves que lloro porque tú me quieres
 y á mí nadie me quiso en esta vida?...—
 Estaba agonizando; y sonriendo
 luego, añadió con débil vocecilla:
 —En el devocionario, entre sus hojas,
 tengo una siempreviva,
 préndela en mis cabellos si me agravo,
 que acaso me dé vida...
 Abre de par en par esos balcones,
 que quiero ver cruzar las golondrinas
 y aspirar el perfume de la acacia
 que hasta mí trae la brisa;
 que deseo morir mirando al cielo,
 que deseo morir con alegría,
 si he de expirar al fin cuando descienda
 el sol tras la colina;
 y entonces de virgíneos azahares
 quiero que una corona mi sien ciña,
 tejida por tus manos amorosas,
 por tus manos benditas;

ya sabes que soy buena
y que aquella maldad fué redimida,
y así sobre mi pecho, sin reparo,
coloca una Purísima.

Pero acércate más, que yo te vea,
aproxímate más, más todavía,
que quiero ver tus ojos,
que esos ojos me animan
y me llenan de gozo sus destellos
y me pongo mejor cuando me miran...

Escucha: cuando muera,
al trasponer el sol aquella cima,
en vez de crucifijo, entre mis manos
pon tu imagen querida,
que si Jesús fué el redentor del mundo
tú fuiste mi Mesías.

Ven, acércate aquí, junto á mi lecho,
aproxímate más, que te distinga,
que quiero ver tus ojos,
que así muero tranquila;
pon abierto en mi pecho el abanico,
en el que por tí escrita
resalta la oración que yo rezaba,
la santa y redentora poesía,
que ella me levantó de inmundo arroyo
cuando de muerte herida,
me encontraste á tu paso y me ofreciste
una amistad que yo no merecía.—
Luego tosió con violento esfuerzo,
pálidas se pusieron sus mejillas
y su labio rozó la blanca almohada
dejándola de púrpura teñida.
—No cierres, no, mi bien, esos balcones
déjame ver cruzar las golondrinas
y aspirar el perfume de la acacia
que hasta mí trae la brisa...

Tú que amor y consuelo me otorgaste,
 tú que regeneraste á la caída
 ¡que Dios te haga dichoso,
 que el cielo te bendiga!

.
 —Mas no llores, mujer; seca tu llanto,
 que vea yo en tus labios la sonrisa,
 que si acaba tu cuerpo
 en hora sabatina,
 también resucitó Cristo en un sábado
 y en sábado tu alma resucita...
 —¡Qué sublime es morir mirando al cielo!
 —¡Qué sublime es morir con alegría!...—
 Voznó el cisne contento en el estanque
 esponjando su túnica olorina,
 sisearon las auras en la acacia,
 dejaron de cruzar las golondrinas
 y ya no dijo más la pobre enferma;
 cuando el sol se ocultó tras la colina
 y la luna ascendió plácidamente
 por la esfera infinita
 semejando diadema níquelada
 que en las guedejas de una nube brilla,
 la luz crepuscular había huído
 de sus negras pupilas!...



Sed

À mi amigo el brillante sonetista Antonio Reglero

Del vasto monte en el repliegue hondo
brotó una fuente secular, vetusta,
donde acude á beber moza robusta
de amplias caderas y cabello blanco.

Rielan sus ojos en el verde fondo,
el agua fresca la zagala gusta,
y la fuente su ritmo al ritmo ajusta
del seno virginal firme y redondo.

Contemplando en las ondas rumorosas,
de su cuerpo las curvas vigorosas,
se estremece de amor la linfa al verlas;
y el caño, derramando suave lluvia,
corona la cabeza de la rubia
con un cintillo de temblantes perlas...



La galerna

Al viril poeta de la musa fuerte

José Santos Choicano

Surca el piélago anchuroso la corbeta viento en popa;
 en el cielo, que parece verde oscura inversa copa,
 se perciben negras nubes precursoras de huracán,
 que se agrandan á medida que el espacio se oscurece,
 y la linfa, bestia airada, espumea, ruge y crece,
 cual si cien monstruos marinos combatiesen con afán.

Silba el viento entre las jarcias con silbidos de sirena,
 rueda el trueno por la altura y su ruído ronco llena
 los espacios siderales con horrisono fragor;
 abre el cielo majestuoso su compuerta, cae el agua,
 y se incendia el firmamento, que semeja inmensa fragua
 despidiendo mil centellas de flamígero fulgor.

Canta el mar con voz sublime su canción brava y salvaje,
 y las olas que golpean el durísimo blindaje
 de la nave que resiste con firmeza el vendaval,
 hierven fieras, se agigantan, y á la luz del rojo rayo,
 son un coro de titanes que se aprestan al ensayo
 de una ópera espantable, de una ópera infernal.

Son geniales y viriles sus magníficas estrofas;
 á sus ecos doloridos se desgajan las tres cofas,
 el marino gime y reza mascullando una oración;
 rasga velas y aparejos con su empuje la galerna,
 sigue el cielo recitando su elegía sempiterna,
 y los mares impasibles su titánica canción.

Los relámpagos refulgen con vivísimos cambiantes,
 siguen ávidos la aguja los expertos navegantes,
 que se exponen al peligro confortados por la fé;

pero arrecia la borrasca que en las vergas vibra y zumba,
tabletea ronco trueno fragoroso que retumba,
y á la luz que irradia el cielo, todo espuma el mar se vé.

Se alza rápida y rugiente del abismo torva ola,
que saltando por las bandas la corbeta desarbola
y arrebatata la obra-muerta que se lleva de sí en pos;
rudos jóvenes marinos maniobran indomables
y los viejos marineros aferrados á los cables,
caen postrados de rodillas, exclamando: ¡Creo en Dios!

Y un piloto fuerte y joven mira y besa el relicario,
que pendiente de su cuello guarda el santo escapulario
que su madre le impusiera, cuando tuvo que embarcar;
si se tiene fé y denuedo, poco importa que se cierna
por las olas tempestuosas la colérica galerna,
ni que forme torbellinos y vorágines el mar.

A las precescalla el trueno, las tormentas huyen raudas,
de las ondas surgen aves de sutiles blancas caudas,
que semejan grandes copos por los aires al subir;
y es nevada la bandada de marinas golondrinas,
y es el piélago ancho lago con sus aguas azulinas,
y es el cielo inversa copa, copa enorme de zafir.



Dos cementerios

Á Mariano M. Fernández Rodríguez

¡Dos sepulcros distintos! Lo censuro:
la muerte un fin á todos nos depara;
si el hombre en sociedad vive y se ampara,
¿por qué ha de estar aislado en lo futuro?

Necia es la ley si con lenguaje duro
al acto interno la sanción declara;
ridícula es la ley cuando separa
las tumbas de los hombres por un muro.

Sólo existe un sepulcro milenario:
la Tierra, ingente lecho funerario
que por el Padre Dios está bendito.

¡Separar las dos tumbas! ¡Vano intento!
¡Sobre las dos gravita el firmamento
y despliega su curva el infinito!



Mi Jardín

Al eminente poeta don Emilio Ferrari

Me cansa la ciudad. Yo que en el campo
 pasé mi infancia en loco regocijo,
 recorriendo los bosques,
 vadeando los ríos,
 subiendo á los abruptos vericuetos
 y bajando á los valles florecidos;
 yo que ví de los campos la belleza
 en sus musgosos riseos,
 en sus hondos barrancos, abismales,
 en sus lejos plomizos,
 en sus praderas verdes,
 en sus maduros trigos
 y en las salobres aguas espumosas
 del mar embravecido,
 siento las añoranzas
 de aquel campo que ví cuando era niño,
 y cuido uno que tengo
 delicioso jardín que campo finjo.

En él hay tres acacias gigantescas
 que de matices albos se coloran,
 tres copudas acacias pintorescas
 que al soplo de los vientos se desfloran;
 y allí en el corredor sombría parra
 de hojas pomposas y uvas moscateles,
 trepa por los aleros y se agarra
 fingiendo laberínticos doseles;
 también hay dos macizos rebosantes
 de geranios y esbeltas clavellinas,
 de calas y de anémonas brillantes,
 de nardos y vistosas capuchinas;
 y un surtidor de linfa rumorosa,
 haz fulgurante de argentina escama,

sube y deja caer vena copiosa
 y en iris de cristal se desparrama;
 atraviesa volando algún vencejo
 por las altas regiones siderales,
 reflejando su vuelo en el espejo
 de la taza de límpidos cristales...
 He aquí mi jardín lleno de olores
 que en un campo troc6 mi fantasía,
 ¡qué lleno está de pájaros y flores!
 ¡qué lleno está de luz y poesía!...

El rabioso chillar de los vencejos
 recrea mis oídos,
 igual que el de la linfa rumorosa
 de gluglutante ruido.
 Un palio de esmeraldas
 me presta sombra y sitio
 cuando escribo mis versos,
 ó cuando leo un libro;
 un cenador cubierto de campánulas
 me sirve de escondrijo,
 para escuchar las melodiosas notas,
 para escuchar los delicados trinos,
 de un ruiseñor que canta en las acacias
 haciendo guardia al nido;
 mientras que los jazmines trepadores,
 los esbeltos jacintos,
 las madreselvas blancas
 y los gentiles lirios,
 exhalan sus aromas
 y embriagan mi sentido;
 y allí en la pajarera mis canarios
 juguetean ariscos,
 y otras veces entonan melodías
 de arpegios cristalinos...
 Cuelgan de la pared pequeños haces
 de espliego y de tomillo,

escondiendo en mullidos algodones
azules huevecillos
que las calenturientas pajarillas
incuban con cariño;
en tanto que el canario
abriendo su abanico,
ostenta de topacios su plumaje
y vuela en raudo giro,
y unas veces se posa,
cansado de volar, en un palillo,
y otras trasiega el néctar de la vida,
el suave alpiste delicado y tibio,
al buche de su amante compañera
con amoroso mimo:
templa luego su guzla cadenciosa,
que hace sonar con musicales ritmos
y alegran el espacio sus canciones,
tiernas canciones del deber cumplido,
castas endechas de inefables goces,
gorjeos armoniosos y dulcísimos
que cual canto de dicha,
que cual canto divino,
esparce en el ambiente perfumado
saliendo jubiloso de su pico
cual lluvia trinadora
de aljófares purísimos,
que chocan en el aire
entonando al amor alegre himno...
Tengo también un palomar alegre
en mi jardín florido,
con palomas de andares engallados,
con palomos que arrastran sus vestidos,
de pupilas azules,
de negros ojos vivos,
de moños albescentes,
de blancos trajes níveos,
de elegantes chapines colorados

y de purpúreos picos
 que exhalan amorosos
 arrullos muy sentidos,
 á dos que lucen su flojel dorado
 pequeños pichoncillos...

Los pájaros, las flores, las palomas,
 el cadente glú-glú de la fontana,
 la fronda de la acacia y sus aromas,
 alegran el jardín por la mañana;
 y allí en tanto que aspiro heliotropos
 y extasiado contemplo su belleza,
 nieva la acacia perfumados copos,
 blancas flores que adornan mi cabeza;
 y el canario de veste de topacio
 desgranando sus trinos de armonía,
 hierre con nota límpida el espacio
 inundándolo todo de alegría;
 y en las noches calladas y serenas
 contemplo en el jardín la luna pura;
 dichoso en él olvido amargas penas
 y escucho al ruiseñor en la espesura;
 y al suave soplo de la leve brisa
 el cáliz de los lirios se conmueve,
 esparcen sus perfumes la artemisa
 la armiñada azucena, esencia en nieve,
 el alhelí de pétalos de incendio
 y la rosa, la reina de las flores...
 ¡Que es mi alegre jardín breve compendio
 de músicas, de aromas y colores!!...



En el baño

A través de la fronda mi retina
admiró la belleza en sus perfiles,
sus espléndidas formas juveniles
y su graciosa cara peregrina.

Su gentil escultura nacarina
es de correctas curvas tan sutiles,
que en sus trazos gallardos y gentiles
el cincel florentino se adivina.

Ve la hermosa su rostro en el espejo
al mirarse del río en el reflejo;
recógese después las trenzas blondas
y se hunde de la linfa en la frescura,
semejando su nítida blancura
cisne gentil nadando por las ondas.



El Hilandero

Á mi gran amigo Miguel de San Román,
 laureado poeta
 y aplaudido autor de "Almas vulgares,"

Ruge el viento, cae la lluvia
 lentamente, suena el agua,
tracletean las madreñas por las losas
 y se escuchan los cencerros y las zumbas de las vacas.

Frío intenso se difunde
 por la aldea solitaria,
 y descienden de las cimas al deshielo,
 los aludes que revientan con salvaje carcajada.

Silba ronca la ventisca
 por las cumbres y las abras,
 y voltea por los valles y los montes,
 congelando las arroyos tapizados por la escarcha.

Duerme el río, que semeja
 culebrón lleno de escamas,
 bajo témpanos de hielo calla oculto,
 cual un monstruo revestido con quimérica coraza.

Tiempo propio de huracanes,
 de ventiscas, de nevadas,
 estación en que los campos yacen muertos,
 y en las crestas de los montes reverberan tocas albas.

La cocina tiene escaños
 que rodean la fogata,
 dos morillos que sostienen secos troncos,
 y los *llares* suspendidos de la amplísima campana,

Es la noche tenebrosa,
decembrina, noche helada,
y en el cálido hilandero las mozuelas,
ríen locas escuchando de sus novios dulces charlas.

Hilan, hilan con las ruecas
y los husos blanca lana,
rubio lino que retuercen con los dedos,
mientras miran amorosas, mientras ríen, mientras cantan.

Ríen, ríen de un coplero
vagabundo las tonadas
que recita conmovido, quedamente,
dulcemente, sus pesares, sus tristezas, sus nostalgias.

Y no entienden del poeta
los decires, las palabras,
ni los sones armoniosos de sus trovas,
que semejan dulces ritmos plañideros de una gaita.

Una sola de ojos verdes
le contempla embelesada,
se descuida, cae el huso de sus manos,
y el coplero lo recoge y acaricia una esperanza.

Que es costumbre de las mozas
en los pueblos de la Omaña,
dar abrazos á los mozos que recogen
antes que ellas, algún huso que rodase por sus faldas.

El poeta fué dichoso;
por primera vez una hada,
puso mieles en su frente soñadora,
castos besos que endulzaron la amargura de su alma.

El coplero de la aldea
silenciosa y solitaria

se extasía contemplando á la mozuela,
de ojos verdes, soñadores, y á su choza la acompaña.

Y le dice cosas hondas,
cosas tiernas, cosas gratas,
sus anhelos, sus sentires, sus querereres,
y la cubre complaciente, jubiloso con su manta.

Mientras silba y ruge el viento,
cae la lluvia, suena el agua,
tractelean las madreñas por las losas
y se escuchan los cencerros y las zumbas de las vacas.



Crepuscular

Al inspirado pintor Pedro Anea

Tiende la tarde el manto ceniciento
y los tonos de luz se desvanecen
con las sombras grisáceas, que parecen
jirones empujados por el viento.

En la bóveda azul del firmamento
las primeras estrellas resplandecen,
y en su fulgor rojizo se estremecen
al continuo girar del movimiento.

Colórase de púrpura el Ocaso
y el crepúsculo avanza paso á paso;
pliega la flor campestre el fresco broche,
gorjean en el nido dulces árias
las aves al rezar tiernas plegarias,
y el silencio de Dios cierra la noche...



Revelación

Á mi amigo Pedro Merino

¡Qué gentil es la niña,
sus mejillas qué blancas,
sus dulces ojos de zafir qué tristes
y su boca qué pálida!...
Una tarde la ví bajo los guindos
que cargados de fruto rojeaban
lo mismo que los prados
repletos de amapolas encarnadas;
triste cruzó por el fecundo campo
lleno de vida, lozanía y savia,
mostrando su dolencia
en las alburas de su tez de nácar...
La moza lentamente
al manantial de la salud marchaba,
á la fuente de hierro que en las rocas
gargoleando mana.
Otra tarde corrimos por el bosque
saltando por las matas,
buscando nidos en la umbria fronda
de la agreste montaña;
y allí en el tronco de un chaparro espeso
uno encontramos en flexible rama,
con cinco pajarillos
que amorosa una madre alimentaba.
—¡Qué triste debe ser vacío un nido
sin pájaros que canten la alborada
y qué triste un hogar sin pequeñuelos
que nos alegren con sus dulces charlas!!...—
le dije quedamente,
en tanto que su rostro contemplaba.
La niña me miró con amargura,
sacó del seno una cajita áurea,

y entre sus dedos hechos de jazmines
brilló una cuenta de color de plata;
suspiró tristemente
y en el azul de sus pupilas castas
oscilaron dos gotas de rocío,
dos transparentes lágrimas
que en sus blancas mejillas de azucena
resbalaron calladas...

.
Aquellos ojos de zafir tan tristes,
aquella boca pálida,
aquella fuente que manaba hierro,
y aquella cuenta de luciente plata,
me lo dijeron todo...

.
¡Qué lástima! ¡Qué lástima!...



Dos armonías

Al laureado pintor Francisco Prieto

Cuando en mis versos canto las pasiones,
mi mente, con ardor ansiosa aspira
á que las cuerdas de mi tosca lira
vibren enardecidas con dos sonos.

Por eso en ella, gimen las canciones
cuando á mi musa el *sentimiento* inspira,
como acento amoroso que suspira,
como ritmo de dulces inflexiones.

Pero si á la *razón* su voz levanta,
quiero que ruja con potencia tanta
que en arpegios de cólera se trunque:

que con ahinco la verdad defienda,
y que enérgica suene en la contienda
como iracundo macho sobre el yunque.



La elegía del cisne

À mi amigo el meritísimo poeta

J. Samaniego L. de Cegama

En un lago de aguas mansas y azulinas
—claro espejo de los cielos, de la fronda y las colinas—
blancos cisnes cruzan raudos por el líquido cristal;
se acarician con sus picos voznadores,
se prodigan sus amores,
y parecen en las ondas dos luceros tembladores:
tal relumbra su plumaje de albescencia virginal.

Tibia noche epitalámica de Junio,
en tu cielo resplandece casta luna en plenilunio,
semejando su luz suave haz de plata en vibración;
en tus bosques se oye un cántico sonoro,
un concierto, un dulce coro:
se acompañan ruiñeñores con sus éntaras de oro
y á los cisnes felicitan en sentida orquestación.

Los nupciales atavíos son tan blancos,
que con éxtasis os miran los selváticos lavaneos;
paseais sobre la linfa con orgullo y majestad;
pone nácares la aurora en vuestro traje,
y la espuma del aguaje
entreteje rayos de iris en el límpido plumaje
y á los gráciles contornos da tersura y suavidad.

Es la noche memorable de sus bodas:
ya la música se apaga; de los valles vuelan todas
las esencias que la brisa va esparciendo en derredor;
no se siente en todo el campo un solo ruído,
sólo escúchase el voznido
de los cisnes que celebran jubilosos en el nido
sus idílicos anhelos entregándose al amor...

.....

Mas la dicha es deleznable; no perdura;
la pareja que se amaba bajo un cielo de ventura
vió que el cielo venturoso una tarde se nubló:
 en el lago, y á la hora vespertina
 en que el sol lento declina,
paseaba el raudo cisne por la linfa cristalina
y una bala silbadora su pechuga blanca hirió.

Y en los últimos instantes de su vida,
lanza al cielo entre estertores su canción de despedida:
luce débil en sus ojos el postrer rayo de luz,
 y se extingue en la floresta el triste acento
 impelido por el viento,
mientras flota su cadáver sobre el líquido elemento
semejando con las alas extendidas blanca cruz...

Y á lo lejos los albores matinales
despuntaron sus matices en los negros robledales;
en la torre la campana melancólica tañó:
 fué tan honda, tan intensa la elegía,
 que la vega entristecía,
que de pena el vesperillo por Oriente se moría
y hasta el cielo tras el monte una lágrima ocultó...



Aire indiscreto

Aire que ruborizas á mi novia,
ajustando á la euritmia de su cuerpo
las veraniegas vaporosas faldas;
aire sagaz y pícaro, te quiero:
mas no por tus livianas travesuras,
ni por tus atrevidos devaneos;
sino porque tu soplo
hace llover en su cabeza pétalos
de rosas triunfadoras
que á tu suave caricia florecieron;
porque marcas el ritmo de mi lira,
porque marcas el ritmo de mis versos,
y tu aroma de amor alegra el campo
y tu risa de luz alegra el cielo.
Por tí vibra la nota en el pentágrama
y el color en el lienzo...

Aire que ruborizas á mi novia
ajustando á sus formas y á su seno
las veraniegas vestiduras blancas;
aire sagaz y pícaro, te quiero:
mas no por tus livianas travesuras,
ni por tus atrevidos devaneos;
sino porque en los ojos de mi amada,
lindos ojos de ensueño,
de pupilas ardientes que marean,
retratas la verdura del ajeno;
porque das á sus manos,
más blancas que las flores del almendro,
deliciosa tersura
y blanda suavidad de terciopelo;
porque das á su boca de claveles
el amoroso arpegio;
porque acaricias la elegante pluma
que adorna su sombrero,

y porque dejas en sus blondos rizos
tus perfumados besos...

Aire que ruborizas á mi novia
ajustando á sus formas y á su seno
las veraniegas vestiduras blancas:

¡Cuidado con tu vuelo!

Porque no te perdono,
como vuelvas á ser tan indiscreto.



La canción de la zagala

(Égloga)

Al culto periodista Segundo Cernuda

En la florida ribera
que el Sil con sus ondas baña,
al volver con la vecera
vió el vaquero en la cabaña
á la zagala hechicera.

Cabaña entre matorrales,
de tomillos y jarales,
defendida por las rocas,
donde triscan recentales,
chivatos, corderos y ocas.

Nunca admiró la majada
pastora tan singular;
es su frente nacarada
como apacible alborada
cuando empieza á despuntar.

Por eso se enamoró
el montaraz vaquerillo,
y la cabaña rondó
hasta que la declaró
su querer casto y sencillo.

Fué en Abril. Con alegría
él á decirlo se atreve:
y al contestarle María,
en los picachos la nieve
de envidia se derretía.

Es tan blanca la zagala
que la nieve no la iguala;
son sus palabras de mieles,
y de sus labios exhala
la esencia de los claveles.

Sus ojos de amargalejas
de escultura su perfil,
son arqueadas sus cejas,
y doradas sus guedejas
como pepitas del Síl.

Es su adornada cabeza
con amapolas que luce,
de campesina belleza;
y es su boca que seduce
roja como una cereza.

Él es un pastor forzado,
con amplio pecho velludo
y de presencia simpática;
es su decir franco y rudo
y su belleza selvática.

Allí contento el zagal,
y dichosa la zagala,
en casto idilio estival,
guardan el chivo que bala
y el becerrete primal.

En tranquilo bienestar
va pasando hora tras hora;
nunca pudo presagiar
la campesina pastora
lo que había de llorar...

La melodía más bella
escuchan aquellos cerros:
se oyen ruidos de cencerros,
del torrente que se estrella
y del ladrar de los perros.

Pace en la yerba la oveja,
el ave el espacio surca,

zumba en el aire la abeja,
el arroyo se bifurca,
y el sol en él se refleja.

Pero el vaquerillo ingrato
que tanto quiso la moza,
procura esquivar su trato,
y no vuelve con su hato
por la solitaria choza.

La infortunada doncella,
en su canción se querella
y es inmenso su dolor,
porque huyeron para ella,
nido, caricias y amor.

Y desde entonces se oía
en lo espeso del bosque,
una triste melodía,
que llena de poesía
el frondoso pasturaje.

Cuando entona sus canciones
la zagala se recata,
y da á su voz inflexiones
ténues, como vibraciones
de campanita de plata.

Hay añoranzas de amores
en su canción armoniosa,
suspiros conmovedores,
notas de guzla llorosa
y arpegios de ruseñores.

Salía de entre la fronda
con dulce melancolía
y en el valle se extendía,
la canción sentida y honda
en que la moza decía:

«Desde que me has olvidado
á la Virgencita rezo,
para que Dios te perdone
todo el daño que me has hecho.»

Y así canta en la ribera
que el Síl con sus ondas baña,
con voz triste y plañidera,
la zagaleja hechicera,
encerrada en la cabaña.



A Colón

En la inauguración de su monumento

El cincel admirable de Susillo
grabó la majestad en el semblante
del insigne y coloso navegante,
de aquel oscuro genovés sencillo.

En los ojos de bronce puso el brillo
de aquella fe que iluminó constante
al noble y arriesgado viandante,
al que fué del Atlántico caudillo.

¡Oh! náutico inmortal, sabio profundo,
que á cambio de cadenas das un mundo!

Sabes luchar con tu destino adverso,
idea colosal tu mente encierra,
sientes rodar bajo tus pies la Tierra
y agrandas con tu genio el Universo...



¿Por qué escribo?

Á mi buen amigo,

el notable prosista,

Vicente Marín

Eres mi poesía más selecta;
 me recreo al leerte y mieles libó;
 eres de Dios la obra más perfecta,
 mujer; por eso escribo.
 Eres, musa divina,
 más bella que la estrella matutina,
 y tu ideal figura
 de moza campesina,
 semeja en su hermosura
 de Escopas una driada en escultura;
 mi bien, eres muy rubia, y tu cabello
 esplendoroso y bello,
 también es rubio como el áureo Apolo,
 y undívago y sutil como es Eolo.
 Todo en tí, niña, encanta:
 tu cintura flexible,
 tu diminuta planta,
 la mirada apacible
 de tus rasgados ojos
 y la sonrisa de tus labios rojos.
 Es tu esbelta garganta
 como la blanca espuma:
 su transparencia es tanta
 que aventaja á la bruma
 que los rayos del sol bruñe y quebranta;
 blanca cual nivea nube,
 como excelsa aureola de una santa,
 tan blanca como el sueño de un querube,
 como sutil efluvio diamantino,
 como el plumón del cisne lohengrino...

Admiro tus aljófares de mieles
 —blancos dientes—celdillas de panales,
 y respiro tu aliento de claveles
 y contemplo tu boca de corales.
 El arte y la belleza en tí percibo:
 ¡sólo por eso escribo!

¡El Arte... el Arte!... Su inmortal enseña
 no la sé conquistar, en ella sueño
 igual que el ciego con el iris sueña,
 y en mi tenaz empeño
 de triunfo, de conquista,
 te suplico me ayudes, sabio Artista,
 te apiades del pequeño
 y hagas que del torneo no desista.
 Dáme la inspiración, genio profundo,
 un átomo de luz pon en mi mente
 de tu mirar fecundo,
 y, con mirto y laurel ciñe mi frente,
 si al deleitar al mundo
 le hago verter el llanto,
 le hago reir, jocundo,
 con lo triste ó lo alegre de mi canto.
 Dáme las alas del condor altivo
 para emprender el vuelo,
 porque del Arte quiero ser cautivo,
 y ser artista anheló...
 El Arte es lo sublime, es la armonía,
 el Arte me fascina, me seduce,
 tengo envidia al artista que traduce
 natura en lienzo, estatua y poesía.
 Eres buena, mujer, y por tí vivo,
 me inspira tu virtud y tu belleza;
 escribo para tí, por eso escribo,
 y en mis versos, no busques la tristeza,
 ni busques gratos sonos;
 en ellos no verás más que llaneza

y amorosas canciones,
 chorreantes de vida y de dulzura;
 escribo para tí, pero entretanto
 desprecio á la estulticia que se mofa,
 y pongo en estos versos, con ternura,
 un poquito del alma en cada canto,
 y un amante suspiro en cada estrofa...

* * *

Nací para escribir; por eso escribo;
 cantar es mi manía;
 comprendo que rimar no es positivo,
 que no da de comer la poesía,
 pero mi alma, sencilla mariposa,
 voló de flor en flor, libó las mieles
 de la salvia olorosa
 de rústicos verjeles;
 á cantar me enseñaron: la andolina,
 el arroyo de rítmico murmullo,
 la fronda de la encina,
 la paloma torcaz de tierno arrullo,
 y leyendo mis versos se adivina
 que en mí vive una musa campesina;
 una graciosa musa
 de faz encantadora,
 una gentil pastora
 que tañe cornamusa,
 reclinada en los flancos de hondas abras,
 mientras guarda los chivos y las cabras;
 musa divina de cabellos rubios,
 en cuyos ojos brillan los efluvios
 de virgíneos pudores,
 con luz resplandeciente, luz que inspira,
 luz que cuaja de arpegios vibradores
 el trémulo cordaje de mi lira!...

.
 El Arte y la belleza en tí percibo:
 ¡sólo por eso escribo!...

La Sardana ⁽¹⁾

A mi maestro el bajo de ópera Narciso Serra

Forman rueda cogidos de la mano,
cadena de danzantes eslabones,
y de la orquesta bailan á los sonos
desde el mozo viril hasta el anciano.

Un sol resplandeciente de verano
con ténues y oscilantes vibraciones,
de gozo hace latir los corazones
inundando de luz el verde llano.

Luce el mozo encarnada barretina
que ostenta con orgullo en su cabeza,
y la moza florida faldellina
que viste con donaire y gentileza;
y á la dulce tonada catalana
gira al compás la rítmica Sardana.

(1) Baile popular de Cataluña.



¡Muerta!

¡Tan rubia, qué hermosa!
Parece dormida;
sus mejillas blancas, frías cual la nieve,
están ya sin vida.

Sus ojos tan negros
de mirar mimoso
ya luz no despiden, ni acaricia el alma
su fulgor piadoso.

Ni su frente pura
cual las azucenas,
sellaré con besos, que mi ser endulcen
de crueles penas.

Ni á sus labios rojos
asomarán risas,
ni con esos hilos de oro y de topacios
jugarán las brisas.

Se abrieron las flores
al suave murmullo
de las auras leves, y murió la niña
cuando era un capullo.

Retiene su mano
acariciadora,
una crisantema, la flor de la muerte,
que marchita llora.

Tierna sensitiva,
virgen de mi anhelo,

¡quién fuera contigo, juntas nuestras almas
á vivir al cielo!...

.
¡Qué rubia, qué hermosa!
Ya no tienen vida
sus mejillas blancas, frías cual la nieve...
¡Parece dormida!!...



La carrera de la rosca ⁽¹⁾

Esquiva cual golondrina
con el cántaro en el brazo,
la moza por el ribazo
á la fuente se encamina.

De la pintoresca Omaña
es Florinda la más bella,
es la más gentil doncella
de la escarpada montaña.

Su rostro es la perfección,
son sus ojos negra noche
y sus labios tierno broche
de amapola en floración.

Sus mejillas nacaradas
son como la seda suave
y es su voz arpegio de ave
que trina en las enramadas.

Llega á la fuente armoniosa
que cristalina chorrea
y en la pila chapotea
fresca linfa rumorosa.

Y en ella encontró bebiendo
á Nelo y Juan, vaquerizos,
que prendados por hechizos
de la moza, están riñendo.

(1) En la montaña de León existe la costumbre de correr la rosca. La rosca está hecha de pan y suele tener dos metros de altura; las mozas la adornan con cintas, dulces y flores, y la colocan á una distancia determinada; los mozos que la corren, parten de un punto todos al mismo tiempo y el que primero llega á ella es el que la gana.

Su presencia los alegra
 y entonces le dicen ellos:
 —¡qué ojazos tienes más bellos!
 —¡qué trenza tienes más negra!

La omañesa á Nelo amaba
 mas nunca lo demostró,
 desde que Juan la salvó
 de una loba hambrienta y brava.

Por eso enfadada y hosca
 dijo:—Mi novio ha de ser,
 el que á fuerza de correr
 gane mañana la rosca.—

Yo no puedo desairar
 á quien me salvó la vida
 pero piensa entristecida:
 sólo á Manuel puedo amar.

—Florinda, tras esé monte
 tras la frondosa floresta,
 se celebrará una fiesta:
 la Virgen de Carrasconte.

Y de la victoria en pos
 para alcanzar tu querer,
 mañana mismo has de ver
 quién corre más de los dos.

Del otro lado del monte,
 de esos picachos que vés,
 Florinda mañana es
 la Virgen de Carrasconte.—

La moza vé que oscurece,
 manda graciosa sonrisa

á los vaqueros, y aprisa
tras las zarzas desaparece.

Montada en briosa yegua
adornada de gualdrapa
que sus recias ancas tapa,
recorre legua tras legua.

Y del lejano horizonte
escucha al llegar el día
el rumor de romería
que viene de Carrasconte...

Preparada está la pista
con una estacada tosca,
que para correr la rosca
sirve de punto de vista.

Descalzos en la pradera,
anhelantes, impacientes,
esperan los combatientes
la señal de la carrera.

Lucen sus gallardos bustos
Juan y Nelo satisfechos,
sus amplios desnudos pechos
y sus músculos robustos.

Esplende el sol en la altura,
y por la rosca encintada
vuelan en rauda bandada
cien mozos por la llanura.

Aplauda la gente á coro
y Florinda con anhelo
exclama:—¡Que venza Nelo,
Virgen mía, que le adoro!—

Todos luchan con ardor
por la rosca colosal,
que parece arco triunfal
levantado al vencedor.

Allí uno cae, se alza otro,
quien salió delante, avanza;
el zagüero ya le alcanza
con agilidad de potro.

Y al fin veloz, con soltura
uno á la rosca llegó
é intrépido la ganó:
es un bravo mozo... ¡El cural...

.



Pastorela

À mi amigo Abelardo Merino

Desnudo aquel soto
descubre á lo lejos,
su variada flora
de espinos y helechos,
de encinas y robles,
de endrinos y fresnos;
sin verdor ni fruto
todo está tan seco,
tan sombrío y triste,
como el pensamiento
y el alma apenada
del pobre cabrero...

Ya las claras aguas
de aquel riachuelo,
no corren alegres,
las congeló el cierzo;
y en sus dos orillas
adornando el suelo,
verdean los juncos
y el limo ligero;
pero aquel arroyo
sólo tiene hielos,
como el alma triste
del pobre cabrero...

Ya se muestra el soto
en la bruma envuelto,
sin fronda y sin trinos,
sumido en silencio...
Ya en él no se escuchan
rumores de besos,

ni tiernas promesas,
ni el revoloteo
de los pajarillos,
cuando están en celo;
ni de los piucos,
ni de los jilgueros,
ni de las currucas,
ni de los verdejos;
ni silba ya el mirlo
entre los cantuesos;
ni la agachadiza
anda entre el espliego,
buscando la oruga,
comiendo el insecto.
Mustio, solitario,
triste y en silencio
sin ropaje el soto
se muestra á lo lejos;
triste como el alma
del pobre cabrero...

Era la pastora
del soto, un portento:
de ojazos azules
como el mismo cielo,
de labios de grana,
de nítido cuello,
de mano de nácar,
de albescente seno,
de caderas combas,
de rubios cabellos,
de flexible talle
como el lirio esbelto;
era la zagala
del soto, un portento;
pero vió cazando
el pasado invierno,

á aquel joven rubio
de los ojos negros,
y desde aquel día
dejó los corderos
del manso rebaño
y se fué muy lejos;
quedando el aprisco
triste y en silencio,
triste como el alma
del pobre cabrero!...

Ya la primavera
sucede al invierno,
esparcen las auras
perfumes de almendro,
se alegran los campos,
se sonríe el cielo,
y el aire embalsaman
la salvia y el trébol,
y la manzanilla
con su amarilleo
explota en aromas
que difunde el céfiro,
y las oropéndolas
de pico bermejo
lucen los colores
del plumaje bello;
ya bullen las tencas
en el riachuelo,
ya hay flores y trinos
en el soto ameno...
Pero la zagala
de rostro hechicero,
se fué del aprisco
tras los ojos negros
de aquel joven rubio
que vió en el invierno;
y las golondrinas

tristes al saberlo,
volaron fugaces,
dejando el alero
y en la tosca choza
sus nidos tejieron,
y alegran el alma
del pobre cabrero!...

El la regalaba
en mejores tiempos,
colodras con leche
y pulidos cuencos
de opalinas mieles;
vivía contento....
La creyó inocente,
¡delirios... ensueños!...
Pero aunque no la ama,
evoca el recuerdo
de la que quería
más que al mundo entero,
y en su caramillo
pone con anhelo,
tristes añoranzas,
lágrimas, lamentos,
mientras que apacienta
chivos y corderos,
cabras y merinos,
que pastan el heno...
Ya hay fronda, ya hay trinos
en el soto espeso,
que endulzan las penas
del pobre cabrero!...

Añoranza

Al admirable cronista Ricardo Allué

Del negro piano en las teclas blancas
dormita en silencio la dulce gavota;
su caja vibrante de alegrías francas
no emite una nota.

En el hosco invierno de mañanas frías
se murió la musa, no cantó el canario,
y las blancas teclas fueron de armonías
mudo columbario.

Ya no brota el trino, ni el ágil arpegio,
la fuga ligera, ni la escala rauda,
ya las creaciones del músico egregio
no hay nadie que aplauda.

En su negro lomo y en dorado marco
resalta la imagen de la pianista,
de ojos soñadores cuyo fondo zarco
inspiró al artista.

En aquellas teclas la divina joven
desgranó fermatas cual piedras preciosas
y las sinfonías del genial Beethoven
hondas, majestuosas.

Pero en día aciago enfermó la musa,
cesaron los ecos de la melodía,
y la postrer nota doliente y confusa
murió en aquel día.

Y en donde ella puso sus dedos de rosa,
en aquel teclado, cual concierto armónico,

la perla del llanto sonó temblorosa
y el beso platónico.

Murió del artista la que le inspirára,
cubrióse el retrato con negros crespones,
y ante aquel piano, convertido en ara,
musitó oraciones.

Ya no brota el trino, ni el ágil arpegio,
la fuga ligera, ni la escala rauda,
ya las creaciones del músico egregio
no hay nadie que aplauda.

Que en el hosco invierno de mañanas frías
se murió la musa, no cantó el canario,
y las blancas teclas fueron de armonías
mudo columbario.

Del negro piano en las teclas blancas
dormita en silencio la dulce gavota:
su caja vibrante de alegrías francas
no emite una nota.



Todo pasa

A C. S.

«Pasáronse las flores del verano,
el otoño pasó con sus racimos,
pasó el invierno con sus nieves cano.
Las hojas que en las altas selvas vimos
cayeron, y nosotros á porfía
en nuestro engaño inmóviles vivimos.»

(Andrada)

Tendía Abril su manto de guirnaldas
esfaltando los prados con sus flores,
y un lago de disueltas esmeraldas
mostraba la esperanza en sus colores.
Se ocultan los destellos diamantinos
dejando paso á los efluvios de oro,
y las aves en trinos argentinos
lanzan sus notas límpidas á coro.
Serpea el arroyuelo en la verdura
con rítmico murmullo, mansamente,
saturando el espacio de frescura
que va entibiando el sol resplandeciente.
Despierta la crisálida á la vida
transformada en pintada mariposa,
saliendo del capullo en que escondida
pasa el invierno frío, silenciosa;
y fabrican los pájaros su nido
buscando un sitio oscuro en la enramada,
y entre hojas le colocan escondido
porque sienten rubor de la alborada...
Como tú lo sentiste aquella tarde
que regando unos tiestos de alhelies
ser mía, de ventura haciendo alarde,
me juraron tus labios de rubies.
Estabas tan graciosa, tan divina,
que para contemplar tanta belleza,
la azulada y medrosa golondrina
de su nido sacaba la cabeza.



¿No te acuerdas? Muy juntos y á la sombra,
 bajo la parra, puesto yo de hinojos,
 la pradera sirviéndome de alfombra
 y dichoso mirándome en tus ojos,
 te juré que jamás te olvidaría,
 y de aquel amoroso juramento
 el eco se extinguió en la fronda umbría
 impelido veloz por raudo viento.
 Con tu amor amparé mis ilusiones
 y me creí feliz con tu cariño,
 no creyendo en amargas decepciones.
 ¿Te acuerdas? Todavía era muy niño...
 Dulces instantes de la edad primera
 que sois al hombre como luz al día,
 ¡es tan hermoso amar en primavera
 cuando no se presiente la falsía!
 Mas *todo pasa*: abril, sus gayas flores,
 el verano, el otoño pasa umbrío,
 y pasa invierno crudo y sus rigores,
 con la escarcha y la nieve y con el frío...

Llega otoño y las hojas van cayendo
 de la frondosa y retorcida higuera,
 y en siseo continuo van gimiendo
 rodando aquí y allá por la pradera;
 la golondrina atravesó los mares
 trazando en el espacio líneas combas,
 y el viento desnudó los olivares
 marchitando en el huerto las gayombas.
 ¿Te acuerdas? En otoño fué mi ausencia.
 Era una tarde triste y mortecina;
 la flor ya no exhalaba grata esencia
 y las hojas volaban de la encina.
 Dos lágrimas de pena tembladoras
 al marcharme brillaron en tus ojos,
 y surcando tu rostro abrasadoras
 bajaron á quemar tus labios rojos.

Yo no lloraba, pero sí sufría;
que no siempre las lágrimas revelan
el dolor que se siente ó la alegría,
aunque al alma, piadosas, la consuelan.

¿Qué fué de aquel amor, rubia adorada?
¿Aquel amor inmenso se ha extinguido?
Todo pasó en tropel, no quedó nada;
quedó, sí, el desengaño y el olvido...

.

Los honores, la gloria, las riquezas,
pasan con las rosadas ilusiones;
que en la vida alegrías y tristezas
se mezclan con amargas decepciones;
la primavera con su aroma pasa,
como pasa el otoño, triste, umbrío,
como el verano con su sol que abrasa,
como el terrible invierno con su frío...

.



Pasionaria

Para Anastasio Rodríguez Seña

Eres, rosa, la risa, la belleza pagana,
y tu seno pomposo, rebosante de aroma,
es el manto del César, es la veste de grana
y los rojos fulgores del incendio de Roma.

De tus pétalos—labios donde el fuego se asoma—
el sensual paganismo retorciéndose mana;
en mi boca hay dulzuras, resonando en mi idioma
el acento sublime de la pauta Cristiana.

Soy bandera gloriosa que á los vientos se iza;
en mis pliegues sagrados el martirio agoniza;
con la túnica santa mis estambres revisto,

y en mi cáliz morado con fervor represento
del Amor el emblema, el divino tormento:
¡la corona de espinas y los clavos de Cristo!



La noche de ánimas

—Esta noche, no, no quiero.—

Dijo trémula, doliente, la voz dulce de mi amante,
y su acento lastimero
musitaba suplicante.

Triste noche. Sobre el muro de la estancia silenciosa
ronco el ábrego gemía,
y en la torre, la campana clamorosa
su sonido religioso difundía.

Y sus ecos—hondas quejas—
penetraban insinuantes como lúgubres consejas
hasta el fondo de la estancia,
amargando las dulzuras del idilio con su grave resonancia.

—¿Qué, no escuchas los silbantes aquilones?

Son las almas de los muertos que nos piden oraciones.

¿Qué, no sientes como el cierzo ruge y zumba?

Son los ecos de una tumba.

¿Qué, no escuchas el clamor de las campanas?

Son los ayes doloridos de unas voces muy lejanas.

Me dan miedo, me dan frío,

esos fúnebres conciertos;

esta noche, no, amor mío,

respetemos la memoria de los muertos.—

Y el tin-tán de la campana

con su lengua clamorosa,

con su austera voz cristiana,

se esparcía por la calle silenciosa

y turbaba con su queja dolorida

el idilio en que se incuban los misterios de la vida.

--Esta noche, no, amor mío,

me da miedo, me da frío,

el clamor de la campana con sus fúnebres conciertos;

esta noche, no, amor mío; respetemos la memoria de los muertos.

—No te acuerdes, dulce amante,
 olvidemos las tristezas de esta noche de difuntos,
 y afirmando nuestra vida, de alegrías desbordante,
 adoremos sus encantos, juntos... juntos...

—Reza, reza. Esta noche, no, no quiero.—

Y el tin-tán de la campana
 con su timbre lastimero,
 con su austera voz cristiana,
 penetraba con su queja dolorida
 los secretos del misterio, las dulzuras de la vida.

Y era cálido el ambiente,
 y era fuego aquel delirio,
 y aquel ansia tan ardiente
 fué trocándose en tormento, fué trocándose en martirio:
 Que mi amante me embriagaba con su aliento
 de perfumes ambarinos, deleitosos,
 y mis sienes calcinaba el rozamiento
 de sus bucles descompuestos y rizosos.

Yo medía sus contornos eurítmicos, gallardos,
 y sentía las caricias de sus manos —suave seda—
 y aquel cuerpo de hembra joven, de azucenas y de nardos,
 difundía por la estancia fuerte aroma de reseda.

—Junto á mí, mujer querida,
 nunca pienses en la muerte,
 afirmemos nuestra vida,
 bendigamos estas horas venturosas de la suerte.

—Me dan miedo, me dan frío,
 esos fúnebres conciertos;
 esta noche, no, amor mío,
 respetemos la memoria de los muertos.

Reza reza. Esta noche, no, no quiero.—

Y el tin-tán de la campana
 con su acento lastimero,
 con su austera voz cristiana,
 amargaba con su queja dolorida
 las dulzuras del idilio, los encantos de la vida

—Esta noche, sí, bien mío:

que tal vez en esta noche, en que muestras más desvío,
Dios bendiga nuestros lícitos amores
y seamos de una vida creadores...—
La voz dulce de mi amante,
ya no fué tan suplicante;
de su boca de cereza se escapó débil suspiro
y en sus ojos de zafiro
puse un beso crepitante...

.
Y el tin-tán de la campana
se apagó con la mañana,
no turbó más con su queja dolorida,
el idilio en que se incuban los misterios de la vida...



La vendimia

Paz virgiliana de apacibles gozos
hace dichosa la campestre escena
y en el viñedo emprenden la faena
los rapaces, las mozas y los mozos.

La cuadrilla entre alegres alborozos,
de sazónada vid los cestos llena;
la risotada por los aires suena
y hay cantares, requiebros y retozos.

Entre las cepas de sombrías frondas
cuelgan las uvas dulces y redondas
invitando al eglógico festejo:

huye la luz solar de la campiña,
y las mozas corriendo por la viña
huyen del jubiloso *lagarejo*.



El Vórtice

Entre la curva inmensa de los mares
y la infinita curva de los cielos,
reinaban las quietudes
y las mudas grandezas del silencio.
Era una mar sin turbulentas olas,
apacible y solemne como un rezo.
La fragata surcaba la planicie,
la grave majestad del ancho piélagos
y á impulso de ligera ventolina
caminaba con todo el aparejo.
Sobre cubierta no se oía un ruido,
la ruda gente se entregaba al sueño,
mientras la guardia gobernando el buque
las labores hacía del baldeo.
Era el ambiente cálido,
era el mar un desierto.
Después el sol se zambulló en las aguas
apagando su incendio;
se rizaron las ondas;
del sudoeste levantóse el viento
y un nubarrón se destacó en Ocaso,
fatídico y siniestro.
El cielo se cubría lentamente
y la mar se picaba por momentos;
de allá, del horizonte,
partían sordos ecos,
y el rojo latigazo del relámpago
sobre las nubes fulguraba lejos.
A toque de campana,
los bravos marineros
salen de sus literas presurosos
y con la guardia cumplen el relevo.
La procelosa marejada aumenta,

silba más fuerte el borrascoso viento
y hace vibrar las jarcias, los obenques
y todo el aparejo;
la mar se hincha sañuda,
se levanta rugiendo
y al golpe de sus olas en el casco,
retiembla el buque entero.
—¡Carga y aferra el sobre!—
Grita el piloto con viril acento,
y la marinería le obedece
trabajando afanosa y con denuedo.
Preludiaba después la negra altura
su bárbaro concierto,
y en notas estallantes se escuchaba,
con fragoroso estruendo,
la retumbante y ronca
repercusión del trueno,
como tropel de potros desbocados
que galopasen por el ancho cielo.
El huracán bramaba,
erugían los robustos masteleros
y las gigantes olas espumosas
vórtices y vorágines haciendo,
se alzaban imponentes, colosales,
cual monstruos del averno;
los rayos encendían las negruras
y rasgaban los ámbitos sidéreos.
En tanto á bordo piden suplicantes,
los pobres marineros,
que se calme la furia
del temporal tremendo,
y unos rezan postrados de rodillas
y otros mascullan sucios juramentos.
Un trueno retumbó más que ninguno,
formóse un remolino gigantesco,
un tremebundo vórtice terrible,
y juntándose el mar y el firmamento

sepultaron el barco en los abismos
con ímpetu soberbio...

.....
Después, amaneció, vino la calma,
las tormentas huyeron,
el sol se sonreía fulgurante
en el azul del cielo,
y un majestuoso buque trasatlántico
de firme arboladura y casco férreo,
atravesó aquel mar dando á los aires
su música, melódico concierto...

—
Era una mar sin inquietantes olas,
apacible y solemne como un rezo,
sobre la cual flotaba un salvavidas,
testigo del siniestro...



El Elefante

Brilla el marfil de sus colmillos fieros,
como cuando luchó con saña y brío,
en la lid de Alejandro con Darío,
luciendo sobre el lomo cien flecheros.

En Calcuta y Bombay, los extranjeros
admiran en las fiestas su atavío;
su cuerpo enorme, montaraz, bravío
y sus miembros pesados y rastreros.

Finge una roca de granito ingente
su colosal cabeza inteligente,
pletórica de vida, fausto y pompa:
se hunde la tierra al paso del gigante,
y avanza gravemente el elefante,
lento, mostrando su robusta trompa.



Elegía

Entre los umbrosos álamos,
en lo florido del valle,
se asienta blanca casita
circundada por azahares;
y desde lejos parece
una dalia que se abre
ó una paloma que arrulla
sobre el verdoso ramaje.
En ella vive una niña
que á cuantos la ven atrae.
De ébano son sus cabellos,
sus pupilas de azabache,
tiene su frente espaciosa
la tersura de los nácares;
son levemente rosadas
sus mejillas virginales,
y su boca diminuta,
que dice siempre bondades,
es de un clavel encarnado
el odorífero cáliz;
sus manos son marfileñas,
es como un mimbre su talle
y sus pies son volanderos
como las alas de un ave;
es cariñosa, cristiana,
caritativa y amable,
más hacendosa que hormiga,
mucho más buena que un ángel...
por eso Antonio, un buen mozo,
que de galanteos sabe,
le dice que la idolatra,
con una pasión más grande,
que la extensión de los cielos
y la hondura de los valles...

¡Qué feliz vive la niña,
con el amor de su amante!

* * *

Una tarde de verano,
á la sombra de los árboles,
la moza cose y escucha
los consejos de su padre,
que le dice: ten cuidado
con tu novio, amada Carmen,
que estas horas deliciosas
de estas veraniegas tardes,
ofrecen muchos peligros
á los jóvenes amantes.
Mira que se están abriendo
las rosas en los rosales,
mira que el viento perfuma,
mira que acaricia el aire,
que hay palabrillas muy dulces
y que se enciende la sangre;
ten cuidado, Carmencilla,
ten cuidado con tu amante
y no le admitas en casa
si no está en ella tu padre.

* * *

De aquella casita blanca,
todas las mañanas, Carmen
sale en busca del ingrato,
vaga por el hondo valle,
por él pregunta á la gente,
pero no le ha visto nadie;
y cuando con desaliento
regresa por los morales,
contempla en sazón el fruto

y siente un ánsia tan grande,
 que en púrpura se coloran
 de sus mejillas los nácares,
 hondo suspiro de pena
 errar deja por los aires,
 y de sus rasgados ojos,
 negros ojos de azabache,
 derrama copioso llanto,
 más amargo que los mares...
 ¡Qué triste vive la niña,
 sin el amor de su amante!



—Muero tranquilo sabiendo
 que eres más buena que un ángel,
 que eres honesta y honrada
 lo mismo que fué tu madre...
 El buen Dios quiere que muera
 y tienes que resignarte.
 —No, no, padre mío, vive,
 vive, anciano venerable,
 que si tú mueres, mi pena
 ha de ser mucho más grande,
 que la extensión de los campos
 y la anchura de los mares...—
 Y abrazándole amorosa
 en lágrimas se deshace,
 y teme que de sus brazos
 la muerte se lo arrebate;
 pero de repente, nota
 que está besando un cadáver,
 siente en su seno una vida
 que vigorosa le late,
 y dando un trágico grito,
 como el de un alma al rasgarse,

sobre el lecho se desploma
desvanecida y exánime.

.
¡Qué triste está la casita
en lo florido del valle;
de lejos, ya no parece
una dalia que se abre,
ni una paloma que arrulla
sobre el verdoso ramaje!..



Mi perro y ella

Tengo un perro leal, amigo viejo,
en cuyos ojos brilla la nobleza,
entretiene mis horas de tristeza,
le mimo, le agasajo y le protejo.

Sobre la alfombra dormir le dejo,
y cuando se acomoda con pereza,
entre tanto que atuso su cabeza,
de aquella ingrata el pensamiento alejo.

La amistad de mi perro es más constante
que fueron los amores de mi amante;
siento decirlo con rudeza franca.

Recibe mis halagos con delicia,
pero añora la lánguida caricia
de aquella mano diminuta y blanca...



ÍNDICE



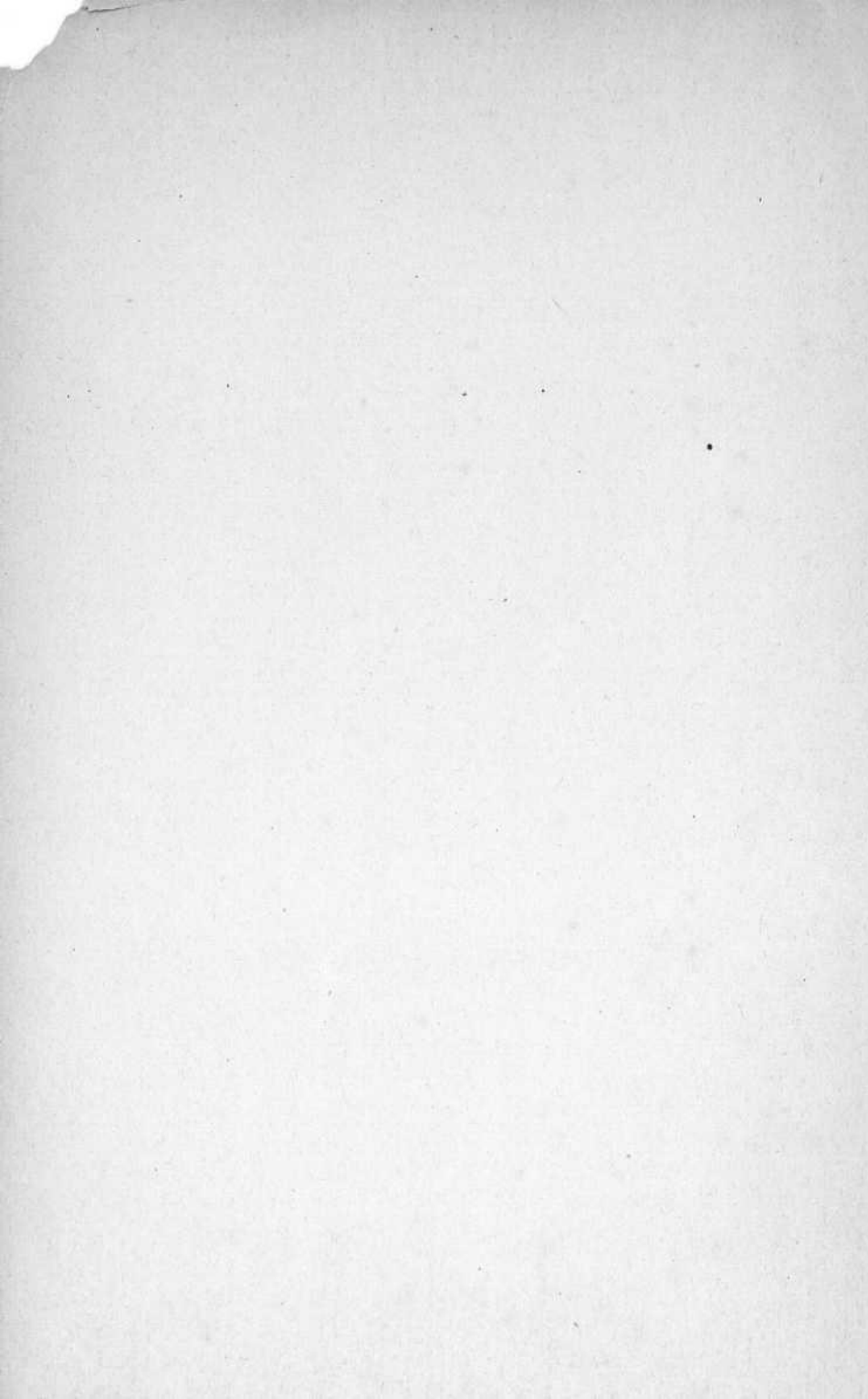
	<u>Páginas</u>
Dedicatoria..	5
Por vía de prólogo.	7
Las amapolas.	11
Lucano.	14
Epitalamio.	15
Tu sonrisa.	17
Paisaje de estío.	18
El Véspero.	21
La Vecera.	22
Ojos verdes..	26
El eterno idilio.	27
La catarata.	31
Himno al sol.	32
La guitarra de Aragón..	34
Redención.	35
Sed..	38
La galerna.	39
Dos cementerios..	41
Mi jardín..	42
En el baño.	46
El Hilandero.	47
Crepuscular.	50
Revelación.	51
Dos armonías.	53
La elegía del cisne.	54

Aire indiscreto.	56
La canción de la zagala.	58
A Colón.	62
¿Por qué escribo?.	63
La Sardana.	66
¡Muerta!.	67
La carrera de la rosca.. . . .	69
Pastorela.. . . .	73
Añoranza.	77
Todo farsa.	79
Pasionaria.	82
La noche de ánimas.. . . .	83
La vendimia.	86
El Vórtice.	87
El Elefante.. . . .	90
Elegía.. . . .	91
Mi perro y ella.	95



Ref. 6839. +

Dedicatoria del
autor.





Precio: 1'50 pesetas



OBRAS DEL MISMO AUTOR

.....
PUBLICADAS

Iris (cuentos)

EN PREPARACIÓN

De la montaña (cuentos)